

Juana Subercaseaux Larraín

(Purén, 14 de febrero de 1926 – Santiago de Chile, 5 de junio de 2023)

La reciente desaparición de Juana Subercaseaux Larraín nos invita a revisitar sus contribuciones en el campo artístico y académico, así como a desentrañar una personalidad singular, dotada de extraordinarios rasgos que solo podían apreciar sus más cercanos. Y por qué no, descubrir un cúmulo de exquisitas posibilidades de formación intelectual que le fueron brindadas en su infancia y juventud, a quien es considerada unánimemente como uno de los pilares fundamentales en el desarrollo de la llamada música antigua en nuestro país.

Juana fue la tercera de los hijos del matrimonio de León Subercaseaux y de Paz Larraín, ambos nacidos en Francia y sumergidos, por tanto, en el ambiente cultural europeo. Esa característica se acentuó por la carrera diplomática de su padre, que llevó a la familia a una itinerancia por Italia, Sudáfrica, Chile e Inglaterra. La pequeña Juana en 1931 vivía en Roma, solo hablaba francés e italiano y su educación estaba a cargo de una institutriz irlandesa. En 1939 León Subercaseaux fue nombrado embajador en Gran Bretaña. La familia arribó a Londres en el inicio de la Segunda Guerra y debieron soportar los horrores del bombardeo alemán, el recurrir a los refugios y contemplar la muerte y destrucción en las calles de la capital inglesa.

Estas dramáticas circunstancias no impidieron que los hijos del matrimonio, especialmente Juana, se educaran en un colegio en Ascott y finalizaran sus estudios de violín en el Royal College of Music. Más decidor aún en su formación fue poder conocer y compartir en su adolescencia con intelectuales y artistas que eran invitados frecuentemente a la Embajada. Así conoció al pianista chileno Claudio Arrau y al italiano Arturo Michelangeli, al director Leonard Bernstein, al compositor Francis Poulenc, entre otros. A esa lista se agrega el pintor austríaco Oscar Kokoschka y en las letras a Gabriela Mistral, Paul Valery y Thomas S. Eliot. Con este último, Juana trabó una amistad que cultivó cuando vivía en Londres. De hecho, anecdóticamente, fue ella quien posibilitó el diálogo y entendimiento de la Mistral y Eliot, cuando ambos coincidieron en la Embajada, al traducir del inglés al español y viceversa.

Podríamos agregar una animada conversación acerca de *Otello* con Churchill y muchos años más tarde, en un viaje de estudios a Estados Unidos, compartir con la viuda del presidente Roosevelt y conocer de labios de ella el secreto mejor guardado de su marido.

Si estos encuentros con mujeres y hombres notables dejaron una impronta en su formación y bagaje de vida, no fueron menores las actividades sociales que cultivó con hijos de la diplomacia y alta sociedad que se habían refugiado en Londres durante la guerra y que, a la distancia, nos podrían parecer parte de un cuento de hadas. Ella misma relató sus encuentros y juegos con Cayetana, la futura princesa de Alba o la proposición del príncipe Pedro de Polignac para que Juana fuera la prometida de su hijo Raniero, el futuro príncipe soberano de Mónaco.

En sus contactos personales Juana jamás hablaba de estas inéditas vivencias de juventud y solo lo hacía en el ámbito de alguna entrevista en que se le preguntase específicamente por su vida en la Europa de la guerra y la postguerra. Era consciente de haber tenido una educación excepcional, que le permitía, entre otras cosas, hablar o leer en su idioma original autores franceses, italianos e ingleses. Y esos conocimientos los empleaba, ya en su vida privada o como autoridad universitaria, en estimular y promover la excelencia y el rigor intelectual. Juana era muy discreta y ponderada en el momento de hablar de sí misma, aunque pocas personas pudieran relatar las novelescas experiencias que vivió en su niñez y juventud.

Conocí a Juana en la década del sesenta, cuando ella integraba el Conjunto de Música Antigua de la Universidad Católica. En 1954 se incorporó a un grupo de aficionados a tocar música europea de la Edad Media hasta el Barroco y concitaron una entusiasta recepción de críticos y del público que asistía a sus conciertos. Ella fue la primera música chilena en participar en un programa de especialización

en el campo de la música antigua en 1958 con el afamado New York Pro Musica Antiqua, gracias a una beca Fulbright.

Más tarde, en 1960, aconsejó y colaboró con el rector Alfredo Silva en la planificación y puesta en marcha de un Departamento de Música al interior de la Universidad Católica, cuyo primer director fue Juan Orrego Salas. El Conjunto se integró a la nueva unidad académica y alcanzó unánime reconocimiento nacional e internacional gracias a las giras a Perú y Estados Unidos, haciéndose acreedor de la medalla Elizabeth Coolidge Harris como el mejor grupo de cámara de 1963 por su participación en el ciclo "Imagen de Chile". En este transitar, Juana Subercaseaux tuvo un papel fundamental, estableciendo nexos que permitieron, entre otras cosas, recibir una valiosa donación de la Fundación Rockefeller para adquirir instrumentos y colecciones de partituras para formar una biblioteca especializada.

En 1966 Sylvia Soublette, la directora del conjunto, y Juana Subercaseaux aquilataron que, por la experiencia y consolidación del ensamble, era posible realizar una gran embajada artística de dos meses de duración, incluyendo países de la órbita soviética. Los méritos artísticos logrados por el Conjunto de Música Antigua han establecido un precedente imborrable en la historia de las agrupaciones de música docta en nuestro país. Así lo atestiguan las excelentes críticas de los diarios *ABC* de Madrid, *Le Figaro* de París, *L'Observatore Romano*, *Izvestiya* de Moscú y *Le Messenger* de Atenas, entre otras.

A estos logros se agregan grabaciones para la televisión española, la radio de la RAI y por iniciativa del Ministerio de Cultura de la Unión Soviética, el conjunto grabó su primer disco elepé para el sello Melody.

En 1974, con motivo de celebrar los veinte años de la fundación del Conjunto de Música Antigua, Juana Subercaseaux concibió un espectáculo llamado "El Descubrimiento de América" que, por primera vez en Chile, reunía música, actuación, vestuario, iluminación y escenografía. Por este logro, Juana se hizo merecedora del Premio del Círculo de Críticos. Sin duda, fue el logro artístico más relevante en la existencia del Conjunto. En 1976 el Conjunto de Música Antigua cesó sus actividades, pero dejó un legado que se perpetúa hasta hoy con el notable desarrollo de la música antigua en Chile, con nuevos intérpretes y agrupaciones.

Las responsabilidades de Juana se multiplicaron ese año de 1976, al asumir la dirección del Instituto de Música UC, cargo que mantendría hasta 1989. En ese extenso período, la oferta académica se consolidó, las temporadas de conciertos se llevaron a cabo, y se inició la Escuela Internacional de Profesores Visitantes. Mientras tanto, su labor pedagógica fue mucho más allá que enseñar su instrumento, la viola da gamba. En esta dimensión, sus guías, consejos, préstamos de sus instrumentos y gestiones para conseguir becas fueron aportes invaluable en la formación de muchos músicos en nuestro país.

Cuando fui invitado a integrarme como flautista al Conjunto de Música Antigua y participar en la exitosa gira a Europa de 1966, tuve la oportunidad de compartir con Juana y apreciar en parte su personalidad, con las limitaciones de una intensa gira y mi propia inmadurez. Esta instancia se produjo en 1980 al integrarme al Cuarteto Renacentista, agrupación fundada por Juana Subercaseaux.

Al año siguiente, Juana planificó una extensa gira por Europa y la República Popular China. En dicho viaje, además de los conciertos, el Cuarteto realizó grabaciones para la BBC de Londres, la Radio de la Suisse Romande y la Televisión China, entre otras. Una gira similar se llevó a cabo en 1986, ambas instancias en las que disfruté de su rica conversación, matizada con alusiones a distintos tópicos relacionados especialmente con las artes y otros ámbitos de interés. Concedora de mi interés por la ecología, me recomendó la lectura de un libro que en la década de los ochenta estaba dando que hablar. Me refiero a *Lo pequeño es hermoso* de E.F. Schumacher.

Pero hay algo más que deseo destacar y se refiere a cómo Juana Subercaseaux, en una verdadera epifanía, manifestaba en sus últimos años un rasgo que la acercaba cada vez más a la gente, cualquiera fuese su condición social o cultural. Su conversación era fácil y fluida, pero siempre manteniendo un sustrato de rigor y disciplina. Sus anécdotas contadas siempre con un elegante dejo de sana ironía.

Mirando en perspectiva, Juana Subercaseaux regresó a Chile a inicios de la década del 50 con una educación cosmopolita y una mirada del mundo imposible de obtener si hubiese permanecido en su tierra natal. Es indudable que ella adquirió un capital cultural de excepción. Si consideramos su ascendencia vinculada con familias tradicionales del país, emparentada con el pintor fray Pedro Subercaseaux o el escritor Bernardo Subercaseaux, podríamos deducir que denotaría un rasgo "aristocratizante", si seguimos las aguas conceptuales que nos ha legado el sociólogo francés Pierre Bourdieu, el que entiende así a una cierta forma de cultura como una distinción.

Nos preguntamos, entonces, si ese término que podría juzgarse hoy con una carga peyorativa nos conduce a examinar en este homenaje cómo Juana Subercaseaux invirtió esa formación exclusiva que la revestía. ¿Prosiguió cultivando su exquisita formación con nuevos conocimientos acerca del arte para acrecentar ese bagaje cultural para su propio disfrute y realización? O, por el contrario, ¿volcó su quehacer en donar generosamente sus conocimientos y aportar a instituciones y personas? Espero que con mi escrito haya podido responder a esta pregunta.

Octavio Hasbún Rojas
Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile
octavio.hasbun@gmail.com